



II

EL GRITO DE UN ALMA.

Si la acción de Pedro Hautefeuille escapó á la maliciosa mirada de Corancey, no había pasado inadvertida. Otra persona vió á la baronesa Ely vender la petaca de oro y comprarla al joven, y esta persona era precisamente la que más temor hubiera podido buscarle; pues haber sido visto por ella era igual que haber sido visto por la señora de Carlsberg, teniendo en cuenta que este testigo de las dos compras sucesivas era la señora de Brión, la confidente de la baronesa Ely, su amiga íntima, en la quinta de la cual aquélla acababa de pasar toda la semana, y que de fijo le contaría lo que había sorprendido. Pero para comprender el singular interés con que la señora de Brión había observado aquellas dos escenas, y los términos en que iba á hablar á su amiga del caso, necesario es explicar la razón de una intimidad tan estrecha entre la mujer de un negociante parisiense de tan baja cuna como Horacio Brión y una gran señora del Olimpo europeo, que figuraba en el Gotha entre los miembros de la familia imperial de Austria. La singularidad del mundo cosmopolita, su pintores-

ca psicología si vale la frase, su carácter banal, inherente á una sociedad compuesta de gentes ricas y desocupadas, está precisamente en lo imprevisto de tales relaciones. Este mundo sirve de punto de intersección á seres que vienen de los extremos del mundo social más distantes. Vense en él naturalezas tan distintas, tan hostiles á veces, que las emociones más sencillas adquieren un sabor especial y como una poesía de excepción. Al igual del amor concebido por Pedro Hautefeuille, tan profundamente francés, por una extranjera del encanto de la baronesa Ely, encanto nuevo, difícil de analizar para el joven, y que debía ocupar un lugar importante en su vida, la amistad entre la baronesa y Luisa Brión tenía para los dos algo de excepcional en su vida, aunque los antecedentes materiales fuesen, como todos los de ese mundo cosmopolita, tan naturales en sus detalles como arbitrarios en sus resultados. Esta amistad remontaba, como la mayor parte de los afectos de este género, á los dieciséis años de las dos jóvenes. Habían pasado el fin de su vida de solteras, juntas, en una de esas intimidades de convento que concluyen de ordinario con la entrada en el mundo. Pero cuando permanecen al través de esta última vida, cuando resisten á la ausencia, á la diferencia de medios, á la rivalidad de las nuevas relaciones, llegan á ser tan intuitivas é indestructibles como los sentimientos de la familia. Cuando las dos amigas se habían conocido, llamábanse, la una Ely de Sallach, y la otra Luisa Rodier, de la gran raza de los banqueros católicos, los Rodier Vimal. Parecía que su nacimiento, el de la una en el castillo de Sallach, en el corazón de los

Alpes stirianos, y el de la otra en una calle del barrio Saint-Honoré, había de indicarlas caminos completamente distintos. Una misma desgracia las había aproximado. He aquí cómo. Las dos habían perdido á su madre en la misma época, y casi en seguida sus respectivos padres habían vuelto á casarse. Ambas, desde el principio de estos matrimonios, habían tenido algunas diferencias con sus madrastras, y para ambas aquella crisis se había resuelto con entrar internas en el Sagrado Corazón de París. El banquero eligió este sitio porque él administraba sus fondos y conocía á la Superiora. El general Sallach, por instigaciones de su segunda mujer, que de este modo, al mismo tiempo que se desembarazaba de su hija, tenía un pretexto para ir á París con frecuencia. Entraron el mismo día en la antigua casa de la calle de Varenne, y las dos huérfanas, la joven austriaca y la joven francesa, experimentaron un atractivo mutuo, que sus confianzas recíprocas transformaron pronto en apasionada amistad. Esta amistad continuó siempre por basarse en su carácter, y el tiempo debía hacerla más intensa. La tragedia clásica no estaba tan lejos de la realidad como han pretendido sus adversarios, cuando ponía junto á sus protagonistas otros personajes únicamente encargados de recibir las confianzas de los primeros. Hay, efectivamente, en la realidad de la existencia diaria, *almas de eco*, si vale la frase, dispuestas siempre á recibir los suspiros y los gritos que de otra alma brotan; *almas-espejos*, cuya vida en total está en los reflejos que reciben, y toda su personalidad en la imagen que se proyecta en ellas. Ya en el convento, Luisa Brión pertenecía á esa

raza de Horacio en el que Shakespeare ha encarnado todas las admirables modestias, ese heroico y leal *segundo* de Hamlet, en el duelo con el asesino de su padre. A los dieciséis años, lo mismo que á los treinta, bastaba mirarla para descubrir en ella el rasgo de una naturaleza sensible hasta la timidez, incapaz de una iniciativa y de vivir por su propia cuenta. Su rostro era delicado, pero esta delicadeza pasaba inadvertida; tanta era la reserva de sus facciones modestas, de sus ojos grises, de la mata sencillamente recogida de sus cabellos castaños. Hablaba poco, y con una voz sin matices; tenía el genio de la discreción. Hombres y mujeres, los seres en que todo es atenuación intuitiva de su deseo, que retrocede ante la realidad—delicadeza algo pobre—, se unen de ordinario, por una aparente contradicción, muy lógica en el fondo, á alguna criatura de pasión y arranque, de audacia é impetuosidad, que les fascina. Experimentan la necesidad irresistible de participar con la imaginación, y por simpatía, las alegrías y los sufrimientos que por sí mismos no hubieran podido afrontar. Esta era la historia de las relaciones de la señora de Brión y de la baronesa de Carlsberg. Desde los primeros días de su infantil compañerismo en el colegio, la pasionada, la fantástica Ely, había deslumbrado á la razonable, la juiciosa Luisa, y este deslumbramiento continuaba al través de los años, tanto más poderoso cuanto que, al salir del Sagrado Corazón, las dos amigas habían sufrido de nuevo las analogías de la misma desgracia. Ambas fueron, en lo que respecta á su matrimonio, las víctimas de la ambición de sus padres. Luisa Rodier convirtióse en la señora

de Brión, porque el viejo Rodier, en la situación más difícil entonces, creyó encontrar la salvación tomando por yerno y socio á Horacio Brión. Este último, hijo de un hombre ejecutado en la Bolsa de París, consiguió en quince años, á fuerza de energía, no sólo rehacer su fortuna, sino conquistar una especie de gloria financiera con el levantamiento de algunos negocios considerados como perdidos, entre otros el de los caminos de hierro austro-dálmatos, tan inicua-mente lanzado y abandonado por el célebre Justus Hafner (1). Para borrar por completo el recuerdo de su padre faltábale á Brión enlazarse con una familia de negociantes, cuya honradez profesional equivale á un diploma de nobleza. Al jefe actual de la casa Rodier Vimal le era necesario un socio, de gran tacto y superior vista, en la crisis secreta que atravesaban sus negocios. Luisa había comprendido la necesidad de aquella unión, y la había aceptado para ser horriblemente desdichada. Esto pasaba en la época en que Ely de Sallach, obligada también por su padre, se casaba con el archiduque Henri-François, que se prendó de ella en las aguas de Carlsbad, con una de esas furiosas pasiones, como puede sentir las un príncipe de cuarenta y cinco años, para quien *sentir* es una impresión tan inesperada que le hace su esclavo con toda la fiebre de la juventud, vuelta á encontrar por un instante. El emperador, aunque muy hostil en principio á los matrimonios morgánicos, consintió en aquél, con la esperanza de que el más revolucio-

(1) Véase *Cosmópolis*.

nario y temible de sus primos se apaciguaría en su nuevo estado. El general Sallach vió en la elevación de su hija la certeza de feld-mariscalato. Él y su mujer habían estrechado de tal modo á la niña, que con la tentación de una vanidad muy natural á su edad, consintió ella. Pasaron doce años, y las dos antiguas compañeras del Sagrado Corazón encontráronse tan solas, tan desdichadas, tan huérfanas, la una en su existencia regalada de medio princesa, y la otra en su lujo de reina de alta banca, como en el día en que se hallaron por vez primera bajo los árboles del jardín del convento del boulevard de los Inválidos. No habían dejado de escribirse, y ambas pudieron seguir el curso de su propio destino en el destino de la otra, y su afecto se hizo más hondo en aquella comunidad de tristezas, de confidencias, de silencio mismo. La dureza del banquero, su egoísmo disimulado bajo las estudiadas maneras de un falso hombre de mundo, su brutal sensualidad, habían permitido á Luisa comprender todas las amarguras de la pobre Ely, abandonada al despotismo celoso de un amo cruel, en el que el nihilismo intelectual de un anarquista encontrábase unido al orgullo imperioso de una naturaleza de tirano, mientras que la Baronesa había podido medir, por la profundidad de sus propias heridas, las llagas del tierno corazón de su amiga. Solamente que ella, la hija de un soldado, la descendiente de los héroes de la Tchernagora, que jamás se rindieron, no se sometía, como heredera de la línea directa de los Rodier y los Vimal. Había levantado orgullo contra orgullo, voluntad contra voluntad. Después de escenas atroces, que soportó sin

dejarse vencer, hubiérase impuesto una definitiva ruptura á no apelar ella al Soberano. Intervino éste, y la Baronesa recobró su independencia sin divorcio, sin separación legal. La rabia de su marido se adivina. Realmente, desde hacía cuatro años aquel era el primer invierno que pasaba cerca del Archiduque, enfermo y retirado en su quinta de Cannes, extraño lugar y dispuesto á imagen de su extraño dueño; la mitad de la casa era palacio, laboratorio la otra mitad. La señora de Brión había asistido desde lejos á aquel drama conyugal, cuyo ejemplo no había seguido. La dulce criatura se dejó, sin protesta, mortificar y herir por el negrero comerciante, del que llevaba el nombre. Este contraste la había hecho más cara á su amiga. Ely de Carlsberg fué su rebelión, su independencia, su novela, una novela de la que no sabía todos los capítulos, pues las confidencias de dos amigas que no se ven más que con intervalos lejanos no son completas. Por instinto, la amiga que se confiesa á otra se guarda de tocar á la imagen que esta última conserva de ella, imagen que se parece mucho más al pasado que al presente. Así es que la Baronesa ocultaba á su amiga una parte de su vida. Bella, rica, libre, audaz y sin principios, había buscado el olvido y la venganza de las miserias de su matrimonio donde todas las mujeres que tienen su temperamento y poca fe religiosa buscan semejantes olvidos y venganzas. Había tenido aventuras—varias—que la señora de Brión no sospechaba. Gustábale mucho ver á Ely tan enérgica, sin darse cuenta de que este movimiento, aquella vitalidad, aquella energía en una criatura de su raza y de su libertad, tenían forzosamente

que unirse á atrevidas y culpables experiencias. Pero ¿acaso no es la primera condición de la amistad esta parcialidad inconsecuente que nos hace olvidar ante ciertas personas la gran ley tan conocida, y que el lenguaje vulgar expresa con tanta sencillez: todo sér tiene sus defectos y sus méritos? El odio y la envidia no ven más que los defectos. ¿No es justo que la amistad no vea más que los méritos?

Sin embargo, por muy ciega que la amistad haga á una mujer, por honesta que sea, por poco iniciada que esté en las intrigas galantes que se anudan y rompen en torno suyo, no deja de ser mujer, y como tal posee un instinto especial de las cosas de su sexo que la hace comprender si la amiga en quien ha depositado su confianza se conduce como ella misma en sus relaciones con los hombres.

No hubiera podido Luisa explicar en qué había Ely cambiado, y no obstante, á cada nueva entrevista, desde algunos años, percibía ella el cambio. ¿Estaba en una fantasía más libre de aspecto y tocado, en un matiz de atrevimiento en la mirada, en el afán de interpretar en mal sentido toda intimidad, en la sequedad, casi cinismo, habitual de su conversación? Estos signos, que indicaban la mujer que ha osado franquear los prejuicios de la convención y los de la moralidad, conocíalos la señora de Brión en la de Carlsberg, pero sin que le fuera dable analizarlos ni confesárselos. Las almas delicadas que saben amar, tienen el escrúpulo, casi el remordimiento de su propio malestar cuando se trata de aquellos á quienes aman. Se engañan á sí mismas, y condenan sus impresiones antes de juzgar á las personas que se las

producen. Quédales, no obstante, cierto disgusto que el hecho más insignificante les hace insoportable. Para Luisa Brión, este hecho había sido, en los últimos tiempos, la actitud de su amiga respecto á Pedro Hautefeuille. Quiso la casualidad que estuviese en Cannes cuando el joven fué presentado á la Baronesa en casa de la señora de Chesy, amiga de la hermana del joven, María de Yssac. Desde aquella primera velada, la manera de conducirse Ely la sorprendió. Había ésta mantenido con aquel desconocido una larga conversación en uno de los rincones de la sala. Luisa volvió en seguida á Monte-Carlo, y no hubiera vuelto á pensar en el caso á no notar, en una nueva visita que hizo á Cannes, que el joven era recibido en casa de la señora de Carlsberg con demasiada intimidad. Permaneció allí algunos días, y tuvo que reconocer que su amiga era ó coqueta ó imprudente con Hautefeuille. Luisa había optado por creerla imprudente. Se había dicho que aquel joven estaba en camino de enamorarse locamente de Ely, y que esta última era capaz de prestarse, por aburrimiento ó ligereza, á semejante juego. Resolvió advertirla; pero no se había atrevido á ello, presa de esa parálisis interna que las personas fuertes producen en las débiles por el solo magnetismo de su presencia. La escena sorprendida aquella noche en la sala de juego iba á darla la energía necesaria para hablar. La acción de Pedro Hautefeuille, aquel paso para procurarse el objeto vendido por la señora de Carlsberg, había conmovido á la joven, descubriendo repentinamente la prueba de una analogía entre su manera de sentir y la del enamorado joven. Habíase mezclado

entre la multitud de espectadores para seguir el juego de su amiga, el enervamiento de la cual le había inquietado durante todo el día. Vióla vender la petaca de oro, y esta acción la produjo un cruel malestar, aumentado por el pensamiento de que la alhaja sería vendida en alguna de las tiendas de Monte-Carlo, y regalada por algún jugador afortunado á una *horizontal*; con cuya idea buscó al usurero para hacer lo que Pedro había hecho, y ante tal analogía de impulsos sintió profunda simpatía por el joven. Fué conmovida á la vez en su afecto por la señora de Carlsberg, y en un lugar secreto de su dulce espíritu de mujer romántica, poco acostumbrada á encontrar en los hombres un eco de sus delicadezas. Pensó: «¡Desdichado!... ¡Llegó lo que yo temía! ¡La ama! ¿Es aún tiempo de advertir á Ely, y de impedir que tenga sobre su conciencia la desgracia de ese niño?» Y la inocente y buena criatura se había prometido hablar á su amiga tan pronto como tuviera ocasión, y esta ocasión iba á presentarse en seguida.

Salieron del Casino á las once acompañadas por Brión, que las dejó en seguida, y, una vez solas, la Baronesa había solicitado de su amiga que fuesen un rato al jardín de la quinta á fin de gozar del encanto de aquella noche, realmente divina. Envueltas en sus abrigos, comenzaron á pasearse por la terraza primero, después por las silenciosas alamedas, conmovidas ambas por el contraste entre la atmósfera febril de la sala de juego, donde habían pasado la velada, y la apacible magnificencia del paisaje que ahora las rodeaba. No era el contraste menos asombroso entre la baronesa Ely de la ruleta, y la de aquel paseo y

aquella hora. La luna llena que brillaba en el cielo, parecía envolverla. Tenía los labios entreabiertos, como si quisiera aspirar toda la pureza de aquella noche fría, y hubiérase dicho que su rostro se dulcificaba á la luz pálida de aquellos rayos, y que la frescura del astro la llegaba al corazón al través de los ojos; con tal avidez miraba al plateado disco, que alumbraba el horizonte con luz casi tan intensa como la del sol. En primer lugar, la luna iluminaba el mar, un mar que parecía de terciopelo azul, sobre el que la luz blanca trazaba un camino milagroso. La atmósfera era tan diáfana, que en la bahía se distinguían los palos de dos yates de recreo, inmóviles, al abrigo del cabo, sobre las alturas del cual se perfilaba la masa del antiguo palacio de los Grimaldi. La sombra forma del cabo Martín se alargaba al otro lado, y por todas partes había una mezcla de transparencias y formas negras, como cortada en aquella atmósfera de ensueño. Las largas ramas de las palmeras, los brazos de los áloes, la espesa hojarasca de los naranjos, proyectábanse en sombras de contornos casi duros, mientras que, sobre el césped, la magia del resplandor de la luna brillaba en toda su magnificencia. Una á una, las casas extinguían sus luces, y desde la terraza, las dos mujeres podían verlas ahora completamente blancas, entre las masas negras de los olivos, sumergiéndose en el sueño que á todo el paisaje envolvía. La calma de aquella hora era tan completa, que las paseantes no oían más ruido que el crujido de la arena bajo sus zapatos de seda, y el de sus vestidos. La señora de Carlsberg rompió el silencio, y abandonándose al encanto de pensar en alta

voz, tan delicioso en tal hora y con tal amiga, se detuvo un momento para mirar más fijamente al cielo, y dijo:

—¡Qué noche más pura y más dulce! Cuando yo era pequeña, tenía en Sallach un aya que sabía el nombre de todas las estrellas, y me enseñaba á conocerlas. Aun las conozco..... He ahí á la Polar, Casiopea, la Osa mayor, Arcturus, Vega de la Lyra... Siempre están en el mismo sitio. En él estaban antes que nosotras nacióramos; en él estarán cuando hayamos muerto. ¿Piensas tú alguna vez que la faz de la noche era la misma cuando vivían María Antonieta, María Stuard, Cleopatra, todas esas mujeres cuyos nombres nos representan, al través de los años y de los siglos, inmensas desventuras, trágicas desgracias y grandes glorias? ¿Piensas tú en que ellas han mirado esta misma luna y estas mismas estrellas en los mismos puntos del espacio, con los mismos ojos que nosotras, las mismas alegrías, los mismos dolores, y que han pasado, como nosotras pasaremos, ante ese cielo que no se ha movido, que no ha sospechado esas alegrías ni esos dolores? Cuando me acometen estas ideas y cuando pienso en lo míseros que somos con todas nuestras agonías, que no moverían ni un átomo de esa inmensidad, me pregunto qué significan nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestros prejuicios, nuestra vanidad de creer que importamos algo á esta magnífica, á esta eterna é impasible Naturaleza. Y me digo que no hay más que una cosa verdadera aquí abajo: sentir é ir hasta el fin de todos los sentimientos; desear é ir hasta el fin de todos los deseos; vivir, en fin, la verdadera vida, lejos de todas

las mentiras y de todas las convenciones, antes de hundirse en la inevitable nada.

Producía alguna pena oír estas frases de nihilismo pronunciadas por aquella hermosa joven, en tan bella noche y ante tan magnífico paisaje.

Para la señora de Brión, tan piadosa y tan tierna, dichas frases eran más penosas aún, por ser pronunciadas por la misma voz que hacía un momento indicaba al *croupier* dónde había de colocar la última puesta. Admiraba la alta inteligencia de Ely, que la permitía leer todos los libros, escribir en cuatro ó cinco lenguas, y hablar, con los hombres más distinguidos, de todas las materias. Educada hasta los diez y siete años conforme al sólido método alemán, la baronesa Ely había encontrado primero en sus relaciones con el Archiduque, después en sus largas permanencias en Italia, ocasiones para una cultura excepcional, que su sutil talento de medio eslava había aprovechado. ¡Y bien! ¿Para qué la servía aquella instrucción, aquella facilidad de comprender, aquel poder de expresión, puesto que no la servía para domar sus caprichos—buena prueba de ello era su actitud en la mesa de juego—ni para regir su pensamiento? La sombría profesión de fe que acababa de hacer lo demostraba. Esta pobreza íntima entre tantos dones y gracias exteriores, conmovía una vez más á la fiel amiga, que nunca había querido admitir ciertas ideas en su antigua compañera del Sagrado Corazón. La dijo así:

—Hablas de nuevo como si no creyeras en otra vida. ¿Es posible que seas sincera?

—¡Oh! ¡No, no creo!—respondió la Baronesa sa-

cudiendo su linda cabeza—. Mi marido no ha ejercido sobre mí más que esta buena influencia. Me ha curado de esa debilidad del corazón, que no se atreve á mirar la verdad frente á frente. Lo cierto es que el hombre no ha podido encontrar nunca en este bajo mundo la huella de una Providencia, de una piedad, de una alta justicia, el signo de que hay algo sobre nosotros, sino es fuerzas ciegas é implacables. ¡No, no hay Dios! ¡No hay más mundo que éste! Esto es lo que hoy sé, y me alegro saberlo. Me agrada creer en esta idea de la ferocidad y estupidez del universo. Encuentro en ello un placer salvaje y una fuerza interior...

—No sigas hablando de ese modo—interrumpió la señora de Brión, cogiéndola en sus brazos y oprimiéndola contra su pecho, como una hermana á su hermana enferma, una madre á su hijo—. Me haces daño... Pero—insistió, oprimiendo ahora la mano de su amiga, y volviendo ambas á su paseo—yo sé que llevas sobre el corazón un peso que me callas. Tú no has sido nunca feliz; y hoy lo eres menos que nunca, y acusas á Dios de tu destino. Has llegado á la blasfemia del modo que te dejaste arrastrar al juego hace un instante, con locura... No digas que no. Yo estaba esta noche allí, entre la multitud, mientras tú jugabas... Perdóname... ¡Estabas tan nerviosa desde esta mañana!... ¡Me habías inquietado tanto!... En fin, no he querido abandonarte ni cinco minutos... ¡Y te he visto, Ely mía, entre esas mujeres y esos hombres, en esa loca partida, á la que asistía toda esa gente que murmuraba tu nombre! ¡Te he visto

cuando has querido vender ese objeto tan íntimo, tan tuyo!... ¡Ah!... ¡Ely!... ¡Ely!...

Un profundo suspiro acompañó á este nombre amado, repetido con apasionada ternura. Aquella inocencia en el afecto que sufría por las caídas de su ídolo, sin atreverse á formular un reproche, hirió en lo vivo á la Baronesa y la produjo algo de vergüenza. Disimuló estas dos impresiones bajo una sonrisa que procuró hacer alegre á fin de apaciguar la emoción de su amiga.

—¡Qué felicidad no haberte visto!—dijo—. Te hubiera pedido dinero y le hubiera perdido. Pero no te inquietes. No volverá á suceder. ¡Había oído hablar tanto de las emociones del juego, que por una vez he querido no jugar, como hacía todos los días, sino jugar de veras. Resulta más fastidioso que bestial. Sólo siento la petaca.—Y tuvo un instante de duda—. Era recuerdo de uno que ya no vive... Pero yo buscaré mañana al comprador.

—Es inútil—dijo vivamente la señora de Brión—. Ya no está en su poder.

—¿La has comprado?—dijo la señora de Carlsberg—. Te reconozco en ese rasgo.

—Tuve esa idea—respondió Luisa, casi en voz baja—, pero otro se me adelantó.

—¿Otro?—preguntó la señora de Carlsberg, cuya fisonomía se alteró repentinamente—. ¿Que tú conoces y que yo conozco?—añadió.

—Que yo conozco y que tú conoces—dijo la señora de Brión—. Pero ahora que veo cómo tomas el caso, no me atrevo á decirte su nombre. Y, sin embargo, es alguien á quien no debes guardar rencor,

porque culpa tuya ha sido si él se ha enamorado de ti. Has sido imprudente con él; déjame que te lo diga: has sido coqueta.

Y después de una pausa añadió:

—Es Pedro Hautefeuille.

Al pronunciar estas últimas palabras, el corazón de la excelente mujer latía apresuradamente. Quería impedir á la señora de Carlsberg que prolongara su juego de coquetería, que ella juzgaba peligroso y culpable; pero la nube de cólera que acababa de ver pasar por el rostro de su amiga hacía temer traspasar el fin que se había propuesto y traer sobre el imprudente enamorado toda la ira de que suponía capaz á Ely, cosa que se hubiera reprochado como una falta de delicadeza, casi como una traición hacia el pobre mozo, cuyo secreto había sorprendido. Pero no; no era la cólera la que al solo nombre de Pedro Hautefeuille había descompuesto las facciones de la señora de Carlsberg y enrojecido repentinamente sus mejillas. Su amiga, que tan bien la conocía, pudo advertir que era presa de profunda emoción, que nada tenía de común con la orgullosa rebelión de un momento antes. Quedó tan sorprendida, que no continuó hablando. Por su parte, la baronesa Ely nada había respondido, de forma que las dos mujeres volvieron á pasear silenciosamente. Habían entrado en un paseo de palmeras que la luna agujereaba con sus rayos, sin disipar por completo la obscuridad; y como la señora de Brion no podía distinguir el rostro de su amiga, su turbación llegó á ser tan fuerte que se atrevió á preguntar con temblorosa voz:

—¿Por qué no me respondes? ¿Piensas acaso que

he debido impedir á ese joven hacer lo que ha hecho? ¡Pero si por ti misma yo no podía declarar que lo había notado! ¿Acaso te has ofendido por lo que de tu coquetería he dicho? Bien sabes que te he hablado así llevada del cariño que te profeso...

—¡Ofenderme tú!—dijo la Baronesa—. ¡Tú! Sabes que no es posible. Ni estoy enfadada..., sino conmovida. Ignoraba que él estuviese allí—añadió bajando la voz—, ni que me hubiera visto ante la mesa de juego haciendo lo que hacía... ¿Crees que he sido coqueta con él? ¡Calla!... Oye...

Estaban á la extremidad del paseo, y dió la vuelta. Por sus mejillas corrían lágrimas. Luisa leyó en sus ojos hasta el fondo de su alma, y la evidencia de lo que no se había atrevido á sospechar se le impuso.

—¡Oh!—dijo—. ¿Lloras?

Y como espantada ante la tragedia moral que veía añadió.

—¡Le amas!... ¡Tú le amas!

—¿A qué ocultártelo ahora?—respondió Ely—. ¡Sí, le amo! Cuando me has referido su acción, que me prueba lo que sabía, es decir, que también él me ama, me he conmovido profundamente. Debiera haber sido feliz, y ya lo ves, estoy agitada... Si supieras en qué condiciones se ha apoderado de mí este sentimiento, segura estoy de que tú compadecerías á tu pobre Ely. ¡Sí!... ¡Compadécela, compadécela!

Y dejando caer su cabeza sobre el hombro de su amiga, rompió á llorar como una niña, mientras la otra, enloquecida por aquella repentina explosión, completamente inesperada, le decía, revelando hasta